

VILLALAR 2012

REFUNDACIÓN DE CASTILLA

Y

REVOLUCIÓN INTEGRAL

En el año 800 se escribe por primera vez la palabra “Castilla” en el monasterio de Taranco, comarca de Las Merindades (Burgos), lo que indica que desde quizá un poco antes existía como comunidad humana diferenciada y singular. Hoy la destrucción planeada de Castilla y lo castellano comienza por la falsificación de nuestra historia. Pero lo cierto es que una y otro nacen en la durísima lucha contra el imperialismo islámico, que había sido la tercera potencia (cuarta, si se considera a Cartago) conquistadora, agresora e invasora de la península Ibérica, tras Roma y los godos.

La creación de Castilla

En la pelea secular contra el Estado islámico hispano (militarista, agresor, jerarquizado, intolerante, esclavista, que negaba a la mujer, primaba la gran urbe frente al campo, concentraba la riqueza en unas cuantas manos, entregaba el poder a los clérigos, explotaba y esclavizaba con mentalidad racista a los pueblos negros de África, se valía de mercenarios eslavos tomados como esclavos, no admitía la propiedad colectiva, quemaba bibliotecas -los almohades-, prohibía el concejo abierto y vivía para el dinero) el pueblo castellano fue forjando su personalidad como magnífica realidad popular, con autogobierno por asambleas, colectivismo, libertad civil (ausencia de esclavos), emancipación de las mujeres, tolerancia, pluralidad, amor por la cultura y los saberes, ayuda mutua, milicias concejiles, ausencia de ciudades, derecho consuetudinario de elaboración popular, fueros y Comunidades de Villa y Tierra.

En aquel tiempo Castilla toda era un inmenso concejo abierto.

Fue hija de cántabros y vascones, de tan grandiosa ejecutoria histórica, y hablaba un latín evolucionado, propio de quienes solían tener como lengua materna el vascuence. Entre sus raíces estaban los pueblos prerromanos destruidos por el otro gran totalitarismo imperial y conquistador, Roma, en especial los celtíberos, que suscitaron la admiración de quienes les conocieron, el historiador Polibio entre ellos, por su rectitud moral, hospitalidad y cordialidad, coraje en actos, calidad de las personas, ausencia de crueldad, autonomía de las mujeres,

disposición para el esfuerzo y el servicio, desprecio por las riquezas materiales, repugnancia hacia las comodidades y placeres, falta de temor a la muerte y amor a la libertad.

Nos engañan quienes exponen que fue Fernán González, “el buen conde”, quien hizo a Castilla. Este hipócrita e histriónico personaje utilizó sus malas artes para sentar las bases de lo que luego sería la corona de Castilla, una máquina de atentar contra las libertades de otros pueblos peninsulares, por ejemplo, en 1512 (hace ahora 500 años), cuando conquistó Navarra. Dado que Euskal Herria es la madre de Castilla fue un acto de una perfidia infinita.

Castilla la hace el pueblo castellano, que quema en asamblea, en Burgos, ¡qué gran momento!, el Fuero Juzgo (Liber Iudiciorum) de los godos, a mediados del siglo X, para afirmarse como comunidad humana libre, moral, fraternal, sin propiedad privada ni sexismos y soberana.

Castilla fue hecha, asimismo, por el monacato cristiano revolucionario, que en los monasterios restauró, salvó y dio continuidad al saber heredado de Grecia y Roma. Es una enormidad propia de los peores plumíferos a sueldo del capital y el Estado sostener que al Andalus era un centro de cultura superior a la que se hacía en los monasterios del cristianismo revolucionario de los territorios libres de la península Ibérica. Lo cierto es que las obras del pasado se custodiaban, copiaban y estudiaban en los monasterios. Gracias a ello ha llegado hasta nuestros días la mayoría de los grandes textos de filosofía, ética, historia, medicina, literatura, matemáticas, geografía, agricultura, etc., elaborados por la cultura occidental.

Rindamos, pues, homenaje al gran Beato de Liébana, que desde el monasterio cántabro de San Martín de Turieno exhortó al pueblo castellano, y también a otros pueblos peninsulares, a vivir como seres humanos, en la segunda mitad del siglo VIII. No olvidemos que los cántabros fueron hermanos de los celtíberos y durante siglos Cantabria fue la parte de Castilla marítima y norteña.

Un gran momento de la historia de la Castilla juvenil, risueña y naciente fue la batalla de Simancas, año 939, donde una conjunción de los pueblos libres del norte derrotó al califa Abd al-Rahman III, ese Francisco Franco del siglo X que aplastó el épico y heroico alzamiento campesino dirigido por Omar Ibn Hafsun en Andalucía, la más importante revolución rural de la Edad Media europea, en la que lucharon codo con codo musulmanes y cristianos contra la sobre-opresión e hiper-explotación a que estaban sometidos por el califato. En esa fecha los conquistadores andalusíes fueron arrojados al sur del Sistema Central, logro que permitió la estabilización de lo que luego se llamó Castilla la Vieja.

Otro decisivo acontecimiento se dio cuando el pueblo sometido al Estado islámico en el reino de Toledo expulsó a las autoridades que lo oprimían y se unió de manera libre y voluntaria a Castilla, en 1085. Fue una decisión tan unánime, tan anhelada por el 99% de la población, los musulmanes junto con los judíos y los cristianos, que se realizó de forma pacífica. Así surgió la que después sería Castilla la Nueva.

Por eso Toledo, luego principal ciudad comunera, se hizo en los siglos XII y XIII el gran centro de convivencia en pie de igualdad entre las tres religiones, cuando antes, bajo el Estado

islámico, había sido un territorio entregado al desenfreno autocrático de un poder tiránico y clerical. Una de las grandes realizaciones de Castilla fue la tolerancia y pluralidad. Los fueros municipales castellanos no discriminan por religión, salvo algún caso (de sospechosa autenticidad), lo que contrasta con la legislación andalusí, que convertía a cristianos y judíos en sujetos de segunda. En Castilla hubo completa tolerancia hacia los musulmanes hasta 1502, fecha en que los muy funestos Reyes Católicos dictaron un decreto de conversión forzada.

El paso pacífico del reino agareno de Toledo a Castilla muestra la enorme superioridad política, moral, axiológica, convivencial, de metas, económica y civil de ésta sobre al Andalus. Tal refuta las mentiras de la historia oficial actual al respecto, fabricadas para servir a la política imperialista de “alianza de civilizaciones”, elaborada por los gobiernos de la izquierda, la fuerza política principal del capitalismo hoy, y continuada ahora por los de la derecha.

Gracias al gran acto emancipador de 1085, Madrid, anteriormente una fortaleza de frontera desde la que los atroces cazadores andalusíes de esclavos y sobre todo esclavas, para ser vendidas a los harenes de los oligarcas islámicos, agredían casi todos los veranos a los pueblos libres del norte, se hizo parte de Castilla, hasta hoy.

Por eso Madrid es Castilla. Sí, Madrid es Castilla, pese a quien pese.

Así nació Castilla, a través de una guerra justa, popular y revolucionaria que fue desmontando paso a paso el poder aterrador del Estado islámico imperialista andalusí.

Hay que volver a repetir que a Castilla la hizo el pueblo y solo el pueblo, no los condes, marrulleros y nostálgicos del imperio romano, no los reyes, que odiaban a la gente común y sólo deseaban volver al tiempo ominoso de los godos, no mercenarios sin honor ni convicciones más allá de la soldada y el botín, como el Cid, no el alto clero, traído en buena medida de Francia para oprimir, adoctrinar y saquear, no la nobleza, repulsiva en su parasitismo y maldad. La hicieron las mujeres y los hombres de Castilla que trabajaban con sus manos, que son también quienes hoy pueden y deben reconstruirla y refundarla.

La hicieron las milicias concejiles, populares, villanas o municipales (por todos esos calificativos se las conoce, también como caballeros pardos, por el color de sus capas) combatiendo a caballo y a pie, custodia armada de las libertades castellanas medievales y símbolo del arrojo y heroísmo de un pueblo. Ellas hicieron la contribución principal a la derrota del Estado andalusí opresor, imperialista y agresor, así como las diversas invasiones de fanáticos religiosos procedentes de África.

Castilla es también la mística castellana, esa maravillosa explosión de espiritualidad y anhelo de los bienes del espíritu, que ponía por encima de todo el amor como esfuerzo por servir, darse y entregarse, con olvido de sí y renuncia al ego. En aquella se integró desde el iluminismo castellano del primer tercio del siglo XVI, encabezado por esa formidable mujer y ejemplo de mujeres tanto como de hombres que fue **Isabel de la Cruz**¹, el cual estuvo al lado

¹ ¿Cuándo se levantará una estatua a **Isabel** en Pastrana (Guadalajara), población en que el iluminismo tuvo su centro? Tenemos que aprender a valorar a nuestras grandes mujeres y hombres, a fin de que sean guía para las nuevas generaciones, más en este caso, ya que **Isabel** lo tuvo todo, pues fue al mismo

del movimiento de las Comunidades y luego fue aniquilado por la Inquisición, hasta las grandes campeonas y campeones del espíritu, Teresa de Jesús, Juan de la Cruz, Luis de León, María de Jesús de Ágreda, Alonso de Madrid y tantos más. De ellas y ellos tenemos que aprender a valorar los bienes del espíritu, la riqueza inmaterial, con repudio del economicismo, consumismo y desarrollismo que nos está destruyendo como seres humanos y haciendo esclavos hiper-sometidos al capitalismo y al Estado.

Castilla, sin embargo, nació con un defecto gravísimo que sería, andando los siglos, la causa de su perdición. Fue creada permitiendo al poco la existencia del poder condal, luego de la corona. Ésta, muy débil al principio, fue poco a poco creciendo hasta que logró éxitos decisivos sobre el pueblo castellano, con Fernando III El Santo y Alfonso X primero y luego con Alfonso XI, los tres reyes perversos y totalitarios por antonomasia. Ahí comenzó la decadencia y desnaturalización de Castilla, ya en los siglos XIII y XIV. Esto debe ser visto de forma autocrítica por las castellanas y castellanos, que no debemos caer en el victimismo ni en la autocomplacencia, vicios infantilizantes y deshumanizadores, sino sentirnos responsables de nuestra historia, en consecuencia pesarosos y culpables por lo negativo de ella. La culpa y consternación por nuestro propio mal interior y exterior nos redime y mejora, si son objetivos y fundamentados, y se aplican a la autotransformación del yo y a la transformación de la realidad.

La rebelión de las Comunidades vista con objetividad

Inconveniente es la mitificación del movimiento de las Comunidades pues, ante todo, se trata de aprender de sus aciertos y errores. De no obrar así estamos sacrificando las revoluciones del futuro a las del pasado sólo para ofrecer de éstas una imagen idealizada que no encaja con los hechos históricos.

Lo positivo del alzamiento comunero a la vista está. Se propuso reafirmar la tradición castellana de reducir al mínimo el poder de la corona (el Estado de entonces), atacó las prerrogativas de los señores y el clero, revitalizó el régimen concejil, se presentó como un gran movimiento de regeneración ética de Castilla y peleó con las armas en la mano contra la pretensión de aculturar y humillar al pueblo castellano. En eso está su grandeza.

Pero hay que considerar lo negativo. No fue una revolución (salvo para sectores reducidos del movimiento comunero) sino un movilización popular por reformas, pues no se propuso vencer a los tiranos únicamente hacerles retroceder. Las cortes, aunque limitaban el poder del rey, no eran la forma apropiada para el autogobierno de Castilla, ya que sólo acogían a unas pocas decenas de villas y ciudades, de manera que en el programa comunero debió haberse preconizado su sustitución por una magna asamblea de portavoces de las comarcas, designados en concejo abierto de todos los núcleos habitados, aldeas, villas y ciudades, sometidos a mandato imperativo.

tiempo sabia, moral, sublime, heroica y mártir. Pastrana es uno de los grandes lugares de Castilla, que debe ser visitado para recordar la ejecutoria de **Isabel**, con fervor, emoción y voluntad de autotransformación personal.

Lo que debían haber incluido en su programa era retornar al régimen de las Comunidades de Villa y Tierra de los siglos XI y XII, aunque sin monarquía ni señoríos, quedando Castilla, en lo político, como la unión libre y pactada de tales entidades de autogobierno. La clave estaba en extinguir por completo el poder de la corona y los señores, haciendo de Castilla una formación social exclusivamente popular y concejil, asamblearia y revolucionaria, sin reyes ni señores. Esto no sólo no lo hicieron sino que tampoco lo propusieron en su programa político. Eso contribuyó a que quedaran derrotados.

En lo militar los comuneros fueron, infortunadamente, deficientes. Dado que su programa no era consecuentemente revolucionario, no llevaron la guerra con la decisión de vencer sino que sólo pretendieron asustar y presionar al rey para que hiciera concesiones. Como la corona sí quería alzarse con la victoria y aplastar la insurrección, su claridad de metas le otorgó la victoria. Al mismo tiempo, hay que admitir que las tropas comuneras cometieron, en algunas ocasiones, excesos, lo que afectó a su superioridad moral, sin la que ninguna revolución puede vencer e, incluso, meramente ser y existir.

Los aciertos y errores de las Comunidades deben servir como materia de reflexión en el presente, los primeros para reafirmarlos y los segundos para corregirlos. Así estaremos en mejores condiciones para la gran revolución integral que ha de rehacer y refundar a Castilla, al pueblo castellano y a lo castellano.

Villalar hoy

Necesitamos un Villalar sin borracheras, sin drogas, sin mentalidad fiestera, sin comilonas ni otros excesos zoológicos, sin conciertos mercantilizados y embrutecedores, sin consumo, sin frivolidad, sin vana palabrería populista ni politicastros profesionales ni partidos políticos apéndices del Estado, sin riñas ni peleas, sin Guardia Civil ni policía, autogestionado en todo y asambleariamente activo. El día 21 de abril no puede ser una bacanal ni un circo, también porque es el recuerdo de una derrota dolorosa, y el respeto por los que allí murieron combatiendo por Castilla debe poner freno a todos los excesos.

Villalar debe ser la quintaesencia de la inteligencia, virtud, valentía, espiritualidad, comunalidad, fortaleza, mentalidad justiciera, austeridad, alegría y cortesía castellanas. Así será una afirmación gloriosa y sublime de Castilla hoy, en el siglo XXI.

Rechazando la disposición, burguesa al cien por cien, de convertirlo todo en espectáculo, consumo, vandalismo, vómitos, borracheras, reyertas, tedio insufrible y nihilismo lúdico-festivo, tenemos que acudir a Villalar a reafirmarnos y reencontrarnos, a sentirnos parte de una gran comunidad humana que se ha de poner en marcha para realizar la revolución integral que liberará a Castilla de sus actuales tiranos tanto como de sus numerosas lacras y defectos.

Con castellana seriedad y responsabilidad, con respeto de todos a todos, con afecto sincero que sale del corazón y se manifiesta en actos de amor, tenemos que hacer de Villalar un lugar para el pensamiento creador, la meditación interior, el debate iluminante, el diálogo fecundo, la enunciación de lo que somos, la prevalencia de los valores del espíritu y el ímpetu

para pergeñar y planear una revolución integral. Ha de ser, por tanto, un espacio para la oratoria popular, la poesía, la música y el baile, el encuentro, la convivencia, la amistad, el amor, el sexo (no olvidemos el hermosísimo erotismo representado en nuestras iglesias románicas, obra del pueblo castellano) y todas las demás formas de lo relacional, en el que se manifieste la inmensa alegría de estar juntos como castellanas y castellanos, hermanados por nuestra común identidad. Con ello y por ello será un día de lucha y combate

Villalar ha de ser, sobre todo, de la juventud. Pero la juventud entendida de una manera revolucionaria, como edad del esfuerzo, la entrega apasionada a grandes ideales y a metas complejas y difíciles, el aprendizaje, la autoconstrucción de sí, el heroísmo, el autodomínio, la autodisciplina y la voluntad de hacerse. No como una etapa de la vida dedicada a divertirse según los criterios del poder constituido, beber, “experimentar” con drogas y seguir las horripilantes modas que, a miles de kilómetros de Castilla, fabrican para anular y explotar a la juventud de todo el mundo mercaderes que nunca son jóvenes. El juvenilismo capitalista no sólo no debe ser seguido sino que ha de ser denunciado. Es la juventud la que tiene que decidir qué hacer, cómo vivir y qué ser, y eso exige construir una sociedad con **libertad de conciencia**, sin industria del ocio, sin imposición del placerismo, sin la religión de la diversión, sin jóvenes que desprecien y exploten a sus madres y padres porque el Estado y el capitalismo así se lo ordena.

En Villalar han de ocupar un lugar preferente las mujeres. Pensando la totalidad, proponiendo en lo que es más decisivo, ocupándose del conjunto de los problemas de nuestro tiempo, las féminas harán una aportación cardinal a la reconstrucción de Castilla y a su propia emancipación del régimen neopatriarcal actual. Sin ellas, sin su sabiduría, inteligencia, coraje, diligencia, escrupulosidad, voluntad de bien, fortaleza, cosmovisión del amor, sentido autocrítico y entrega desinteresada nada podrá hacerse. Las mujeres han de ser seres integrales que vivan para lo grande, lo decisivo, lo sublime, lo heroico y lo determinante, repudiando la vieja y nueva domesticidad, las viejas y nuevas cadenas, mentiras y manipulaciones. Así ha de ser en Castilla. Así fue **Isabel de la Cruz**.

Hacia un programa de reconstrucción, refundación y revolución integral en Castilla

Castilla se desmorona y liquida, ya apenas existe, estamos muy cerca de su definitiva desaparición. La está destruyendo el capitalismo y el Estado español, parlamentarista, constitucional y partitocrático, y la está rematando la Unión Europea y la mundialización (globalización), fenómeno de una gravedad extraordinaria, impulsado por los grandes Estados y la gran empresa multinacional, al que todavía no sabemos cómo hacer frente.

Lo primero, en el remedio, es **amar a Castilla**, que es donde fallan la mayoría de las y los castellanos. Como no se puede amar lo que no se conoce hay que conocerla. Para eso se ha de recorrer, mejor con la mochila a la espalda, y se ha de leer reflexivamente sobre ella, para apasionarse con su historia, dolerse con su presente y querer de manera apasionada rehacerla, renovarla y refundarla.

Amar es servir, es entregarse, es darse, es sacrificarse, es ponerse al servicio de lo amado, es autonegar el propio yo. Quienes sólo se aman a sí mismos se autodestruyen pero

los que hacen de su vida un acto continuado de servicio y esfuerzo se construyen como seres humanos, pues vivir es hacerlo para grandes fines y elevados designios.

Hay que ir a los lugares más primordiales de la historia de Castilla, mirar en torno y reflexionar. Hay que leer el romancero, elevarse su música popular, dar oídos a las viejas historias de la gran cultura castellana de tradición oral, meditar ante las ruinas de las civilizaciones del pasado que se dieron en su solar, pernoctar en las arcadas del románico porticado, escalar sus azules montañas, rememorar sus fechas emblemáticas, recorrer lleno de desesperación sus estremecedores desiertos deforestados, llorar en los cientos de aldeas ya despobladas o a punto de hacerlo, vagar por las centenarias calles y plazas de sus pueblos, tan estremecedoramente hermosas, y caminar entre las tormentas de nieve, bajo los aguaceros otoñales o con la canícula por los poquísimos bosques autóctonos que sobreviven, saludando a las encinas, a las sabinas, al poderoso pino silvestre, al roble, el haya, el quejigo y el endrino. Sobre todo, hay que escuchar a sus mayores, dialogar con sus adultos, jugar con sus niñas y niños y visitar con respeto sus silenciosos cementerios.

Luego, quien lo haga, podrá decir, “soy castellana, o castellano, tengo raíces, pertenezco a una cultura y a través de ella me identifico y unifico con todas las culturas, con todos los pueblos del mundo”. En efecto, ser castellano es ser universal, internacionalista y planetario. Por el contrario, ser cosmopolita es ignorar lo propio y hacerse una criatura sin identidad, una brizna de nada que el poderosísimo viento del poder arrastra a su antojo. Es someterse y entregarse al cada día más real gobierno mundial en ciernes, la nueva dictadura total que a todas y todos nos amenaza.

También hay que conocer, y angustiarse, con las megalópolis que pueblan el solar castellano, con la devastación medioambiental, las grandes fábricas destructoras de la esencia concreta humana, el atroz monocultivo cerealista, u olivarero, o remolachero, o vinícola, la locura de las infraestructuras que todo lo destruyen, los paisajes asolados por los aerogeneradores, los ríos hechos cloacas y los arroyos que desaparecen. Hay que estremecerse con una Castilla llena de seres-nada que obedecen órdenes, desprecian la libertad, ignoran sus raíces y hacen todo lo que el poder les dice. No menos aterrador es observar la destrucción de la cultura propia, que ya puede darse por casi desaparecida. Una parte la liquidó el franquismo y la otra el parlamentarismo actual, en particular los gobiernos de la izquierda, la peor expresión de cosmopolitismo, nihilismo pancista, aculturación, aborrecimiento por el pasado, autoodio, sexismo, pro-capitalismo, incultura, odio a Castilla y deshumanización.

Se trata, sencillamente, de querer y amar a Castilla para ponernos a su servicio de forma magnánima y desinteresada. **Luego podremos establecer qué es hoy, en el siglo XXI, ser castellana y castellano, en qué consiste, pues ahora no lo sabemos**, esto es, no lo sé yo y, lo que es verdaderamente grave, quizá nadie lo sepa.

Las propuestas programáticas son las que siguen.

Hay que reforestar Castilla, para que no sea un hórrido desierto en cincuenta años. La actual agricultura convencional ha de desaparecer, y la llamada ecológica no es solución, de

manera que debemos ir hacia una agricultura popular, sin doctrinarismos ni cursos ni teoréticas, un puro y auténtico saber del pueblo. Los monocultivos forestales, especialmente los pinares de repoblación han de ser desmontados paso a paso y sustituidos por bosque autóctono, acaso hasta unos 600 millones de pies. Así podremos parar y quizá revertir el cambio climático. Pero la clave es instaurar una economía de producción mínima y consumo mínimo, para que la naturaleza pueda ser máxima y el ser humano sujeto integral.

El idioma castellano está siendo desplazado y sustituido por el inglés. En la Comunidad de Madrid el gobierno de la derecha, con Esperanza Aguirre, impulsa la enseñanza bilingüe y está haciendo un lavado de cerebro a las gentes para que deprecien su lengua. Si el pueblo de Castilla no reacciona en un siglo se habrá producido la sustitución lingüística y el castellano estará condenado a la desaparición, igual que le sucedió al celtibérico entre los siglos II y VI de nuestra era. La batalla por la lengua ha de comenzar ya, sin esperar más.

Hay que resistir a la globalización, y hay que estudiar el modo de ponerla fin. Ésta consiste en que toda la humanidad debe seguir los dictados de un gobierno planetario de facto, hechos en inglés e iguales para todos. Con ella lo local y singular desaparece, los pueblos se disuelven, mueren (son muertas) las lenguas, se liquidan las formas autónomas de vida y las diversas culturas son sustituidas por una, servil, impuesta, deshumanizada. Por tanto, la lucha por lo auténtico y enraizado, ha de continuar y fluir. La humanidad tiene que ser una comunidad de pueblos libres e iguales que conviven, con pluralidad de idiomas y culturas, y no una masa amorfa y atomizada que recibe consignas, aleccionamiento y órdenes en una sola lengua y desde un único centro de poder planetario total.

Madrid debe desaparecer como gran ciudad, como espacio en que se organiza el Estado español. Lo mismo sus clones, Valladolid, etc. Castilla ha de retornar a ser una sociedad desurbanizada para que pueda ser una formación social rehumanizada. Ahora es una irracional combinación de metrópolis y desiertos poblacionales, mañana tiene que ser un territorio ocupado de forma equilibrada y armoniosa, con núcleos habitados pequeños y medianos, en los que la naturaleza y los seres humanos convivan, en que la infancia pueda jugar en la calles, todo quede cercano, el grado de autoabastecimiento económico sea superior al 60% y los lazos de vecindad vuelvan a ser sólidos y magníficos, de tal manera que cada municipio sea una comunidad de amor, mutuo servicio y ayuda de unos a otros.

Para que Madrid deje de ser la monstruosidad que ahora ha de eliminarse el Estado español (ejército, policía, ministerios, aparato educativo, capitalismo de Estado, servicio nacional de salud, etc.), estatuyendo una sociedad sin Estado, como lo fue Castilla en los primeros tiempos. Madrid ha de volver a su ser, rehaciéndose como villa castellana de unos 3.000 habitantes, igual que en 1202 cuando redactó en concejo abierto, mujeres y hombres unidos debatiendo, proponiendo y deliberando, su conocido fuero.

Tenemos que crear una cultura auténticamente castellana, cuyo fundamento sea la verdad, la belleza, los valores, la hermandad y la espiritualidad. Lo primero es poner coto a la falsificación de nuestra historia, que la hacen todos los días los profesores-funcionarios, a menudo financiados por oscuros y lejanos poderes empresariales, dictatoriales y clericales. La cultura castellana ha de ser un modo específico de tratar, comprender y vivir las grandes

cuestiones de la condición y el destino humano, por lo que en su localismo y concreción le corresponde ser universalista. En esencia, se ha de concebir como una aportación al acervo de la cultura universal.

Castilla fue una sociedad moral y un pueblo asentada en valores, pero hoy ya no es ni lo uno ni lo otro, porque nuestros opresores, valiéndose de la intelectualidad y la estocracia mega-subsencionadas, nos han desposeído del gran bien de la vida ética para hacernos criaturas aptas para ser sobre-dominadas por el par capital-Estado. Reconstruir Castilla es recuperar la moralidad que nos han expropiado y nos hemos dejado expropiar (no valen en esto fáciles y aciagos victimismos), para volver a confiar los unos en los otros, para poner la verdad en las palabras, el afecto en el pensamiento, la bondad en los actos, la virtud en los designios y el bien en la intención. La Castilla renovada con la que soñamos será una **comunidad ética** o no será.

La fortaleza del ánimo, y también del cuerpo, es una cualidad castellana. Ser fuertes para practicar la virtud ha sido durante siglos el modo de existir de nuestros antepasados. Volvamos a ello, seamos fuertes. Lo necesitamos para hacer frente a los gravísimos problemas de nuestro tiempo, desde la destrucción de Castilla a la aniquilación de la esencia concreta humana. Cuando la enloquecida voluntad de poder que hoy domina al planeta lo está destruyendo todo no podemos vivir, ni siquiera sobrevivir, sin fortaleza y sin valentía.

Hay que retornar a la tan formidable como magnífica tradición comunitaria, colectivista, societaria y de hermanamiento que es parte medular de la cultura y la historia de Castilla, pues cuando está fue fundada, en los siglos VII al IX, la propiedad privada era una realidad apenas existente, predominando dos tipos de propiedad colectiva, el comunal regido desde el concejo abierto y el patrimonio de cada familia, igualitaria y no patriarcal. En una sociedad castellana refundada no puede haber sitio para la empresa capitalista, ni para el trabajo asalariado, que es neo-esclavismo, lo que es intolerable pues la esclavitud se eliminó en Castilla en la revolución de la Alta Edad Media, asunto que prueba el grado de regresión y retroceso que ha conocido nuestra historia. Hay, por tanto, que expropiar sin indemnización al gran capital español y extranjero, estableciendo una economía autogestionada gobernada por las asambleas locales, el concejo abierto, y sus emanaciones comarcales y regionales castellanas.

La meta de dicho modo de producción no ha de ser el bienestar zoológico por medio de una producción máxima de bienes materiales sino garantizar un consumo mínimo suficiente, hacer que el acto de trabajar sea de nuevo humano y poner fin a la desintegración espiritual de la persona que ocasiona el régimen salarial. El capitalismo es una anomalía y una aberración en Castilla, a la que el "**Poema de Fernán González**" califica de "*tierra muy comunal*", y tiene que desaparecer, para que aquella retorne a su esencia y se encuentre a sí misma.

Los modos colectivos de producción no han de servir, como meta primera, a la economía, sino que han de ser una manera de mejorar al individuo en tanto que ser integral y de estrechar relaciones entre las personas, ampliando los lazos de amor que deben unir a los individuos en la futura Castilla. Para ello es necesario que el consumo material sea mínimo y la

riqueza de los bienes inmateriales máxima. La pobreza decorosa, tal como preconizó y practicó el monacato cristiano revolucionario hasta su liquidación en el siglo XI, y según defendió ya antes la filosofía cínica griega, son los fundamentos necesarios de una sociedad bien construida, de un ser humano maximizado en sus capacidades corporales y mentales y de un respeto consecuente por la naturaleza.

Pero el capitalismo no está sólo fuera del sujeto sino también dentro. Es parte de cada uno y cada una. Por tanto, sólo por medio de una revolución interior que actúe a la vez que la revolución exterior puede ser eliminado: eso significa revolución integral, cambiar al mismo tiempo a la sociedad y la persona, pues lo interno y lo externo van unidos y no pueden ser separados. Sin una autotransformación del individuo la expropiación del capitalismo exterior de nada vale, pues éste se reproduce a partir del íntimo al sujeto, como han demostrado una y otra vez las revoluciones proletarias triunfantes en el siglo XX. Necesitamos una reflexión fundante y un programa razonable para la **autoconstrucción del sujeto** que atienda sobre todo a la modificación decidida y completa de su universo interior y, a partir de ahí, de su conducta y vida vivida. En ello, la superación del interés particular y el egoísmo es lo decisivo, pues el capitalismo es sólo la forma económica que adoptan uno y otro. La formidable tradición castellana de colectivismo integral y la seminal noción de amor al amor de la mística castellana puede enseñarnos mucho en esta crucial tarea.

El egotismo, el interés personal, la prevalencia del ego y el desamor son meramente los otros nombres, los sinónimos, del capitalismo: neguémoslos, pues, en el interior de nuestro yo.

La Castilla restaurada no tendrá dinero, o lo reducirá a sus mínimas expresiones. Castilla no acuñó moneda, y apenas usó numerario foráneo, desde su constitución en la segunda mitad del siglo VIII hasta 1085, cuando con el paso de Toledo a Castilla, el rey Alfonso VI se apropió de la ceca musulmana de la ciudad e hizo que siguiera acuñando, si bien aún pasaron más de dos siglos antes que la moneda tuviera algún significado para el pueblo castellano. El dinero es por tanto, en su parte histórica, una herencia negativa, reaccionaria, entre otras muchas, de la dominación andalusí y agarena sobre nuestra tierra. La Castilla del futuro será desmonetizada y desmercantilizada, a fuer de nocapitalista y anticapitalista. En el presente hay que denostar el dinero y denunciar la codicia, negar al “anticapitalismo” que se centra en las demandas de más salarios y más consumo para las clases trabajadoras, el cual es más carconda que el propio capitalismo, refrenar el interés persona y prestar atención al adelanto, en la sociedad y en el interior de sí, de los valores y bienes del espíritu.

La persona y lo humano son el centro de la **gran revolución civilizatoria de la Alta Edad Media, siglos VIII-IX**, de la cual surgió Castilla, además de otros pueblos peninsulares. La persona tiene una doble dimensión, como individuo y como ser social, y ha de ser considerada de ese modo siempre, sin deslizarse hacia un individualismo descarnado, como preconiza Stirner y otros ideólogos del anarquismo burgués, ni hacia un colectivismo exagerado, por no decir estatismo, que niega la autonomía del sujeto, reduciendo a ésta a mera parte, o pieza, de la maquinaria social. Reconstruir lo humano, combatir las fortísimas tendencias actuales a deshumanizar a las personas, sobre todo a las mujeres, poner fin a la hegemonía de los seres-

nada de la modernidad y formular una nueva y revolucionaria concepción de lo humano, específicamente castellana y al mismo tiempo universalista, es una gran tarea del momento

La Castilla del futuro ha de ser sin sexismos, vale decir, sin misoginia ni androfobia, conforme a la hermosísima tradición castellana de féminas libres que se manifiesta, por citar una expresión particular entre cientos, en el carácter rigurosamente igualitaria de la herencia, sin olvidar las numerosas referencias en los fueros municipales a las mujeres como actrices libres y autodeterminadas de sus vidas. Para ello lo principal es denunciar, combatir y derribar las nuevas formas de opresión, marginación y devastación que padecen las mujeres con el actual régimen neopatriarcal instaurado por el Estado feminista, cuyo propósito oculto es cometer feminicidio, esto es, destruir a la mujer en tanto que mujer y en tanto que ser humano. Envejecido y muy erosionado por la resistencia popular el viejo patriarcado que estableció el Código Civil español de 1889, el Estado y el capitalismo lo han sustituido por una nueva versión, a la que se ha de denominar neopatriarcado. Sus siete integrantes principales son el Ministerio de Igualdad, la Ley de Violencia de Género, la legislación de “discriminación positiva” de las féminas, las campañas mediáticas de satanización del sexo heterosexual, la tesis sobre que el capitalismo y el trabajo asalariado libera a las mujeres, la ideología feminista y las Cátedras de Género.

Así se hace de la mujer una criatura “protegida” e hiper-adoctrinada por el Estado y sometida al capital, a la que se sigue considerando, según el machismo-feminismo más ortodoxo, como “el sexo débil” a tutelar (lo mismo que a los menores de edad) desde el poder. Hay que poner fin a todo ese detestable paternalismo estatolátrico, cien por cien machista, que humilla, envilece y destruye psíquicamente a las féminas, para crear las condiciones de todo tipo que permitan a éstas hacerse cargo de la totalidad de sus condiciones de existencia, por sí mismas y sin privilegios encanallantes ni “ayudas” envenenadas, para que estén a la vanguardia de la revolución integral y de la reconstrucción de Castilla.

Para llevar adelante el proceso de refundación de Castilla hay que amarla, se dijo. Pero desde el poder, en particular desde el progresismo e izquierdismo institucionalizados, hace ya mucho que se está realizando una bien financiada, por tanto gigantesca, campaña de falsedades y calumnias contra Castilla, dirigidos a fomentar el autoodio entre los y las castellan@s. Se acusa al pueblo castellano de ser responsable de la conquista de Canarias y América, y el genocidio posterior, de ser centralista y hostil a los demás pueblos peninsulares, de imponer su lengua. Tales asertos son calumnias. En la malaventura americana se calcula que sólo participó el 0,5% de la población, esto es, las elites, la baja nobleza y el lumpen (siempre reaccionario y apegado al poder), no el común. Fue el Estado quien ha impuesto nuestro idioma a los pueblos con lengua y personalidad propia, no la gente castellana. Los responsables son aquéllos que nos acusan y sus mentores, el Estado en primer lugar, que fue quien realizó el genocidio canario y americano, al cual las Comunidades de Castilla combatieron con coraje justamente cuando estaba en lo peor la conquista de las Indias, lo que evidencia que hubo una alianza de facto entre indígenas y castellan@s contra el enemigo común, la corona, esto es, el Estado. Hundir en la auto-vergüenza y el desprecio de sí al pueblo castellano es un procedimiento eficazísimo para aculturarle, aniquilar su esencia concreta,

caotizar su sistema de ideas, destruirle como comunidad humana y hacerle servil, pasivo, amedrentado y sumiso.

Esto no quita que el pueblo castellano no deba reconocer todos y cada uno de los errores y maldades que haya cometido, o de los que haya sido cómplice en un grado u otro, con ánimo recto y disposición autocrítica, sin narcisismos ni escapismos ni victimismos.

La obra del totalitarismo monárquico, continuada por la Ilustración y culminada en la Constitución de Cádiz de 1812 ha sido la causa principal del estado de liquidación en que vive hoy Castilla. Hay que considerar que el franquismo, que es quien asestó el penúltimo golpe a nuestro pueblo (el último el régimen parlamentarista actual), es continuación de lo hecho en Cádiz. La modernidad, que establece el capitalismo, destruye a la persona y convierte al súbdito en el ciudadano militarizado de hoy día, crea el Estado policial e instituye el patriarcado y luego el neopatriarcado, ha demolido Castilla. Para recuperarla y reconstruirla tenemos que negar el régimen parlamentarista y partitocrático en todas sus formas, monárquicas o republicanas, tanto como el fascista o franquista, y crear un nuevo orden político, genuinamente popular y castellano. Éste no puede ser otro que el de concejo abierto universal: en todos los núcleos habitados, para resolver todos los asuntos y para constituir, desde él y subordinado a él, todas las formas supralocales de toma de decisiones sobre la cosa pública.

Hemos de retornar a lo más genuinamente castellano, el autogobierno integral por asambleas. Castilla ha de volver a ser, como en el siglo IX, toda ella un inmenso concejo abierto.

Asambleas y nada más que asambleas. Por tanto, la solución republicana debe ser rechazada. La II República española, continuadora en lo más sustantivo de la Constitución de 1812, fue un régimen atroz para Castilla, en cuyo territorio perpetró tropelías execrables, al reprimir al pueblo. Recordemos, por poner dos ejemplos, los espantosos crímenes cometidos por los cuerpos represivos republicanos en Medina de Rioseco (Valladolid), el 7 de octubre de 1934, o la matanza que dichos cuerpos ejecutaron en La Villa de Don Fadrique (Toledo), el 8 de julio de 1932, cuando los republicanos y socialistas estaban en el gobierno, dos casos que van unidos a docenas similares o incluso más sangrientos. La III República, caso de instaurarse en el futuro, sería igual de represiva que la actual monarquía. Establecería un régimen como el actual, de dictadura constitucional, partitocrática y parlamentarista negadora del concejo abierto y entregada al desenfreno de los politicastros republicanos, como sucedió de 1931 en adelante.

Castilla necesita de una revolución para regenerarse y rehacerse, no de un mero cambio de régimen, el monárquico por el republicano, que dejaría no sólo intacto sino también fortalecido, al parlamento, al capitalismo, el ejército y al resto del aparato estatal. Nada de eso existió en Castilla en la feliz hora de su constitución y nada de eso ha de existir en el futuro.

Para que Castilla sea LIBRE ha de ser sin Estado, ha de ser sin oligarquías financieras e industriales, ha de ser sólo y exclusivamente pueblo.

En Castilla, aquí y ahora, hay que unir tradición y revolución, asentando la revolución sobre lo positivo del pasado, pero no sobre lo negativo, y recuperando de la gran tradición popular y revolucionaria castellana todo lo que sea útil para la gran revolución integral que vamos a realizar en el siglo XXI.

Finalizaremos estos recordando esa parte del "**Poema de Fernán González**" en que su anónimo autor narra que cuando en aquel tiempo alguien gritaba ¡Castilla! "*todos se esforzaban*". Pues bien, gritemos ¡CASTILLA! para entrar en una era del esfuerzo, la entrega desinteresada y el servicio que nos lleve a una fase renovadora de la historia castellana, hasta la revolución integral y la refundación de nuestro pueblo, hoy a punto de desaparecer.

Villalar

20 de abril de 2012

491 aniversario de la fecha en que las tropas comuneras eran aún victoriosas